

COLECCIÓN
EDIFICIOS EMBLEMÁTICOS
DE SALTILLO



La iglesia de

SAN JUAN NEPOMUCENO

VALDEMAR AYALA GÁNDARA

La iglesia de

SAN JUAN NEPOMUCENO

VALDEMAR AYALA GÁNDARA

ING. MANOLO JIMÉNEZ SALINAS
PRESIDENTE MUNICIPAL DE SALTILLO

MTRO. IVÁN ARIEL MÁRQUEZ MORALES
DIRECTOR GENERAL DEL INSTITUTO MUNICIPAL
DE CULTURA DE SALTILLO

SALTILLO, 2021

© D.R. Gobierno Municipal de Saltillo

© D.R. Instituto Municipal de Cultura de Saltillo

© Valdemar Ayala Gándara

COORDINADOR DE LA EDICIÓN: Iván Ariel Márquez Morales

COMPILADOR: Humberto Vázquez Galindo

DISEÑO EDITORIAL: Librostudio/Nereida Moreno

FOTO PORTADA: Templo San Juan Nepomuceno. *Circa* 1920. A.V.
Carmona. Fototeca del Archivo Municipal de Saltillo.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Iván Ariel Márquez
Morales

En su composición se utilizaron fuentes de la familia Bitter.

ISBN: 978-607-8419-49-4

HECHO EN MÉXICO
MADE IN MEXICO

Todas las ciudades del mundo contienen espacios de singular relevancia para quienes viven en ellas o las visitan.

En algunos casos pueden ser entornos naturales que devienen parques aptos para el recreo y el descanso, plazas donde se convive y se recuerda —a través de algún busto escultórico— a los héroes históricos o a las figuras públicas que lograron metas en beneficio de la sociedad, o construcciones cuya presencia y cualidades a lo largo del tiempo las han convertido en puntos referenciales y en emblemas de su comunidad.

Bajo esta perspectiva, y centrándonos principalmente en el rubro de los inmuebles con trascendencia urbana, en el Gobierno de Saltillo hemos tenido a bien realizar una serie de libros monográficos que permiten conocer más de cerca las historias que encierran varios de los edificios de mayor presencia en la capital de Coahuila.

Dentro del nutrido programa editorial del Instituto Municipal de Cultura, presentamos con orgullo la presente colección titulada *Edificios emblemáticos de Saltillo*, la cual se conforma de trece títulos que han sido escritos por destacados autores de nuestra ciudad, quienes, con base en sus diferentes campos de especialización, ofrecen un abanico amplio de acercamientos a estos emblemas saltillenses que se han levantado en nuestra tierra a lo largo de los siglos.

Espero que estas publicaciones abonen en el interés y en la valoración del patrimonio tangible y construido con el cual cuenta Saltillo, confirmando su perfil como una ciudad de sólidas raíces y de promisorio futuro.

Ing. Manolo Jiménez Salinas
Presidente Municipal de Saltillo

Para un servidor resulta motivo de gusto y orgullo presentar los títulos de la colección *Edificios emblemáticos de Saltillo*, tanto por su espíritu de homenaje al patrimonio inmueble de nuestra localidad, como por el hecho de sumarse a la ya amplia Colección Editorial del IMCS que hemos llevado a cabo durante el periodo 2018-2021, y a la cual engalanan los libros presentes.

Catedral de Saltillo, San Juan Nepomuceno, Archivo Municipal de Saltillo, Centro Cultural Vito Alessio Robles, Mercado Juárez, Casa Purcell, Teatro García Carrillo, Ateneo Fuente, Museo Rubén Herrera, Escuela Benemérita Normal de Coahuila, Recinto de Juárez, Iglesia San Francisco de Asís y Alameda Zaragoza son los recintos y espacios tratados en los libros que conforman la presente colección, la cual no habría sido posible realizar sin la entusiasta y valiosa participación de las reconocidas autoras y los destacados autores de los textos y de las fotografías que dan forma a cada una de las publicaciones. A ellas y ellos les agradezco su disposición y talento para dar vida a esta serie editorial, porque con sus conocimientos, investigaciones y capacidades de observación analítica, en cierta forma han vuelto a construir y han traducido, a través del lenguaje escrito, cada uno de los edificios y espacios tratados, revelando lo que en ellos hay de interés y de trascendencia patrimonial.

Agradezco al ingeniero Manolo Jiménez Salinas su permanente apoyo y confianza para ratificar el valor y alta estima que le damos en Saltillo a las artes y a la cultura en todas sus ramas y manifestaciones, y al público destinatario de estos libros, le agradezco las lecturas que haga de ellos a lo largo de los años, con la confianza de que habrá de atesorar estas entrañables ediciones.

Mtro. Iván Ariel Márquez Morales
Director del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo





Vista actual de la iglesia, desde la calle Escobedo.
Fotografía: Víctor Mendoza.



Aspecto lateral de la iglesia, desde el patio interior.
Fotografía: Víctor Mendoza.



Los juegos de luz natural y las obras pictóricas conviven dentro del templo.
Fotografía: V.A.G.

Introducción

En tanto ciudad, Saltillo —capital del estado de Coahuila— es una destacada representante de la manera como las construcciones de tipo religioso establecieron su lugar dentro de las poblaciones en el norte de México, definiendo a su vez, en buena parte, cómo éstas vieron ampliar el trazado urbano a partir de la ubicación de tal tipo de edificaciones, según los procesos de colonización de los territorios que comenzaron a darse durante el siglo XVI.

En tal sentido, la imagen de la capital de Coahuila debe mucho de su consolidación a la existencia de una can-

tividad significativa de templos, capillas y parroquias que le han brindado una parte notable de su identidad tangible, y de ello son muestra inmuebles sin los cuales Saltillo carecería de una parte sustantiva de su rostro. Me refiero a la catedral de Santiago Apóstol, la capilla del Santo Cristo, la parroquia de San Esteban, la capilla del Ojo de Agua, la capilla de Santa Anita, el Santuario de Guadalupe y el templo de San Francisco de Asís, por citar algunos.

Entre los más emblemáticos edificios religiosos de Saltillo y, de hecho, de todo Coahuila, hay uno cuyas características arquitectónicas singulares, la forma de su inserción en el trazado urbano del Centro Histórico y su acervo de bienes artísticos le dan una presencia muy especial para mí, y que encuentro, como autor de este texto, lo suficientemente atractiva e interesante como para motivarme a escribir acerca de ella —y por lo cual doy un agradecimiento al Instituto Municipal de Cultura de Saltillo y a su titular, el Mtro. Iván Ariel Márquez Morales, por la oportunidad que me han brindado para hacerlo—. Se trata de la iglesia de San Juan Nepomuceno.

Ubicada en el cruce de las calles Escobedo e Hidalgo, y dada la angostura de las mismas y la carencia del típico atrio frontal que enmarque al templo, en esta esquina se produce la impresión de que la iglesia estuviera empujada casi milagrosamente sobre la constreñida superficie que ocupa su base, siendo ahí donde se erige ésta, una de las construcciones religiosas más bellas y particulares del noreste mexicano: la iglesia de la Compañía de Jesús en Saltillo, dedicada a San Juan Nepomuceno, y construida en un período que abarcó entre 1879 y 1890, aprovechando, para terminarla, el significativo saneamiento de las finanzas del



La subyugante verticalidad que muestra el frente del templo, visto desde la acera. Fotografía: Víctor Mendoza.

Colegio de San Juan —instancia religiosa de la cual dependió—, lograda en el ejercicio anual de 1889, según cita el investigador neoleonense José R. Mendirichaga (2010).

Con respecto a las fechas establecidas para la edificación esencial de San Juan Nepomuceno, Pablo M. Cuéllar Valdés (1998) agregó que “la construcción del templo fue continuada en 1915 y el 30 de abril del año siguiente se abrió al culto”, señalando también que en el conjunto jesuita donde se edificó el templo, en 1918 “se restauró la parte del edificio junto a la iglesia que constituye el lugar de residencia de los sacerdotes y en 1942 se derrumbó la primera cúpula, de líneas más bellas que la actual”. Cabe decir al respecto de este último hecho, que el Dr. Mendirichaga (2010) cita una fecha distinta del suceso, datándolo el 19 de marzo de 1944, mientras que en una de sus ediciones y en la sección “Estampas del Viejo Saltillo”, el periódico *Vanguardia* (1977) establece que el derrumbe ocurrió en la tarde del 18 de marzo del citado año de 1944, y asegura, según lo asentado en un volante de la época —a través del cual se solicitaba la cooperación de los fieles para iniciar la reconstrucción de esa parte del templo—, que “No había a la hora en que ocurrió el desastre fieles en su interior, de modo que el desplome no causó desgracia alguna”. Lo que es incontrovertible, más allá de ajustes de calendarización, es que la bella cúpula original se vino abajo, y de ello está como testigo la gravedad terrestre, siempre memoriosa y no siempre discreta.

Desde mi impresión inicial, antes de llegar a vivir a la capital de Coahuila, proveniente de Monclova y, antes, de la Ciudad de México, esta iglesia, este templo, logró impactarme de inmediato y de manera profunda, por su majestuoso rigor y la capacidad de condensación volumé-

trica alcanzada por sus constructores. En su magistral adecuación a las limitaciones del terreno donde fue erigido, a partir de ese primer encuentro, y cada vez que acudo al centro de la ciudad y recorro las cercanías de San Juan, no puedo evitar llegar hasta el templo y alzar la vista para recorrer su exterior —tanto frontal como lateralmente—, que siempre me hace recordar la solución aplicada con gran economía espacial por ese gran arquitecto italiano llamado Francesco Borromini, en el templo de San Carlos alle Quattro Fontane, su obra póstuma y tan justamente célebre, que se encuentra en Roma, Italia.

La verticalidad de San Juan Nepomuceno responde a una preclara operación de equilibrio entre dos calles por igual estrechas y que, al paso del último cuarto del siglo XX y lo que llevamos del XXI, han acabado por estar rebosantes de tráfico buena parte de cada día. Así, entre el constante paso de los autos, la iglesia invita a ser mirada, a no pasar desapercibida y, con su dadivosa oferta exterior, convoca a aquellas personas que puedan crear un paréntesis en su diario trajinar, para escuchar su llamado volumétrico que nos promete una experiencia singular si cruzamos el umbral de sus puertas, seamos o no creyentes.

San Juan Nepomuceno está ahí, paciente siempre, y nos espera con el cálido abrazo de sus muros.

La historia de San Juan Nepomuceno, inseparable de la presencia jesuita

La historia de esta iglesia, de este templo, tiene un vínculo institucional de fe que no puede ser soslayado, y en este apartado procuraré brindar una narrativa que permita a los lec-

16 IGLESIA SAN JUAN NEPOMUCENO



Vistas en perspectiva del interior de la iglesia. Fotografía: V.A.G.

tores identificar sus aspectos esenciales que fueron gestados en el devenir del tiempo, para reconocer aún más algunas de las razones del significado que ha adquirido San Juan, con su entrañable presencia, dentro del entorno urbano de Saltillo.

En el dilatado proceso evangelizador de los territorios del septentrión mexicano, fruto de la conquista española y de la progresiva instauración de la Colonia, la presencia y el asentamiento de los jesuitas en el sureste de Coahuila, y particularmente en Saltillo, llegaron a ser algo tardíos, dándose de manera consistente y sostenida hasta la última etapa del siglo XIX.

En la provincia de la Nueva Vizcaya se había dado de forma protagónica, y siguiendo las rutas de evangelización hacia estas tierras del noreste mexicano, la aparición significativa de representantes de la orden franciscana, cuyos misioneros heredaron varias huellas de su paso y de sus afanes en la región, como lo muestran, por ejemplo, la parroquia de San Francisco de Asís, en el centro de la cabecera municipal de General Cepeda, y muy especialmente la sobria parroquia de San Esteban de la Nueva Tlaxcala, cuya fachada sur es notoria sobre la calle Victoria, una de las vías más transitadas del centro de la capital coahuilense.

A pesar de este protagonismo de los franciscanos en la conformación del proyecto poblacional que daría pie, paulatinamente, a la ciudad de Saltillo, la posterior llegada de los jesuitas brindó elementos clave y generó procesos muy importantes que impactaron favorablemente en la constitución de la sociedad colonial en la región, pasados ya los años más cuestionables y conflictivos de la intervención de los territorios que orilló a los naturales de estas tierras a ser eventualmente extinguidos. Así, una vez que la fe y las ar-

mas “pacificaron” el valle, y luego que el trazado de la ciudad de Saltillo había avanzado de manera más sostenida y clara en su configuración, con la llegada de los jesuitas se vieron fortalecidas actividades y campos sociales específicos, como los dedicados a la formación educativa, a la enseñanza y la práctica artística y al desarrollo intelectual, dado que la vocación humanista de la orden fundada por san Ignacio de Loyola en el contexto histórico de la Contrarreforma, se dejó sentir desde su llegada al sureste coahuilense a finales del siglo XIX, como he mencionado con anterioridad.

Como ha señalado el acucioso investigador José Roberto Mendirichaga (2010), en su libro *El Colegio de San Juan en Saltillo. 1878-1914*, los jesuitas que llegaron a Saltillo provenían de Texas y encontraron condiciones propicias para asentarse en el sureste de Coahuila, ya que, como tal, el antecedente del Colegio de San Juan Nepomuceno había sido preestablecido, y “lo recibieron funcionando del obispo de Linares-Monterrey, don Francisco de Paula Vereá y González, debiendo hacer al inmueble urgentes mejoras materiales e impulsando desde el inicio su programa académico de manera determinante”.

En 1876, diversos integrantes de la orden de la Compañía de Jesús lograron la venia de las autoridades correspondientes y se instalaron al sur del poblado, donde asentaron las huertas que les permitieron establecerse asegurando, antes que nada, el sustento.

Según ha anotado el Dr. Víctor Ruiz (2013a) en relación a este proceso de asentamiento, las huertas que llegaron a ocupar los jesuitas eran propiedad de la influyente familia Ramos Arizpe, y su ubicación estaba localizada, más precisamente, “al sur de la plaza, a un lado del barrio de

Bolívar, donde hay obrajes de sarapes y al otro el promontorio poniente donde se baja del Ojo de Agua' cita un antiguo manuscrito a manera de ubicación", refiriéndose a un documento fechado en 1893 y que se conserva en el Archivo Municipal de Saltillo.

Dos años después de la llegada de los integrantes de la orden, en 1878, fue en este lugar donde inició la edificación de todo un grupo de edificios donde los jesuitas establecieron la infraestructura necesaria para llevar a cabo su misión formativa y de fe, según lo señala el Dr. Ruiz (2013b); así, comenzaron la construcción de, "a la par con la iglesia, un colegio para la educación de párvulos y jóvenes, y también un seminario católico —hoy Museo de las Aves de México—; completaban el conjunto jardines, caballerizas, huertas frutales y hortalizas". Con respecto a la matrícula formativa que se impartía en el Colegio Diocesano de San Juan, es de interés saber que, el 22 de abril de 1879, "se abrieron sus cátedras de segunda enseñanza, que comprenden las materias correspondientes al primer año, á saber: primera y segunda parte de la gramática castellana, primera parte de la latina, oraciones y traducciones fáciles; segunda parte de la aritmética; cosmografía y geografía de Europa; historia antigua; primer año de idioma inglés; repaso de la doctrina cristiana; é instrucciones de Religión y moral" (*La Luz*, 1880).

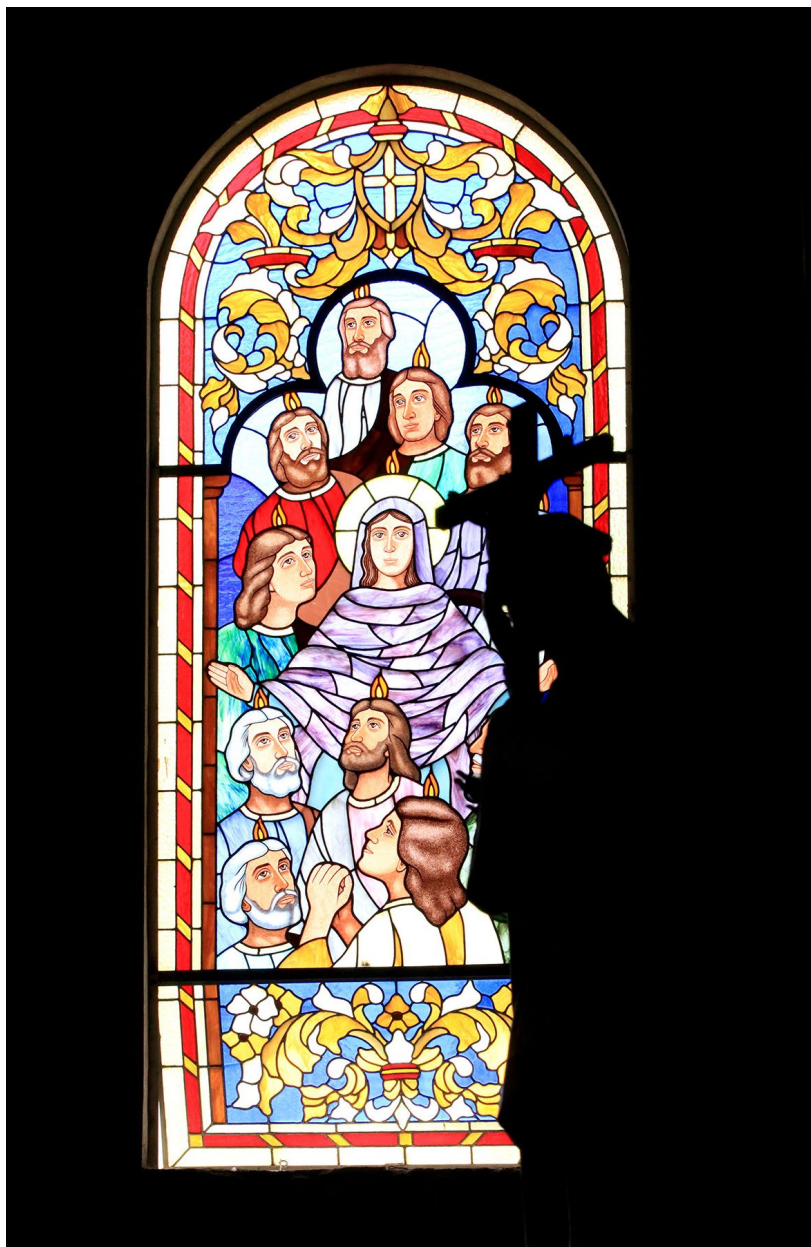
La posibilidad de que los terrenos ocupados por los jesuitas fueran aptos para los cultivos que permitirían brindar un cierto grado de independencia alimentaria a favor de la orden, se debió, en gran medida, a la distribución del recurso hídrico que los hizo fértiles, contando con agua suficiente gracias a una combinación de factores a los que se

refiere el Dr. Carlos Recio Dávila (2017) en su libro *Espacios geográficos, urbanos, públicos y de tránsito de Saltillo. Siglos XVI al XX*, citando que los jesuitas:

contaban con agua que nacía en un ojito en la parte más alta de las huertas (cerca de la actual plaza Félix U. Gómez), pero no era suficiente, de manera que hicieron 10 o 12 metros más profunda la excavación en el nacimiento del agua, para aumentar su caudal. Gracias al declive del terreno el agua llegaba hasta el Colegio, y para ello se construyó un túnel de cien metros de longitud, el cual desembocaba en una pileta tras el Colegio.

La iglesia, como tal, comenzó a ser edificada en 1879, en cal y canto, sillar blanco y ladrillo, a partir de la elección predominante del estilo neoclásico, que se encontraba en plena vigencia por aquellos días a nivel internacional, aun y cuando en el propio templo que nos ocupa existen ciertos detalles que invocan el espíritu barroco, principalmente en elementos de carácter ornamental.

Fue el arquitecto Enrique Rodríguez, vinculado a la Real Academia de San Carlos, quien concibió el diseño tan representativo de la fachada principal, que otorga esa presencia robusta y predominante que da su personalidad inconfundible al templo, y para identificar sus lineamientos arquitectónicos principales, apunta de manera muy precisa el Dr. Víctor Ruiz (2013b) las siguientes características generales del inmueble y del conjunto de construcciones jesuitas al cual fue integrado de inicio:



El cromatismo de los vitrales genera contrastes muy atractivos en el interior del templo. Fotografía: Víctor Mendoza.



No. 47.

Iglesia "San Juan Nepomuceno". Saltillo.

A.V. CARMONA

Altar principal. Fotografía: A.V. Carmona, *circa* 1925.
Fototeca del Archivo Municipal de Saltillo.

Su fachada principal consta de un frontón triangular soportado por columnas corintias. Una serie de bóvedas cubren la nave que remata en una cúpula central, los campanarios se ubicaron en la parte posterior a los lados de la sacristía. Para 1890 el conjunto jesuita estaba apto para satisfacer las necesidades de los ciudadanos saltillenses: el colegio para la más avanzada educación, el seminario como semillero de vocaciones sacerdotales y el templo para la oración, las ceremonias, los rituales y los festejos correspondientes.

Desde que se estableció como templo, San Juan Nepomuceno pasó a estar adscrito a la parroquia de Santiago, junto con otros seis inmuebles religiosos, tal y como lo cita el reconocido historiador regional Pablo M. Cuéllar Valdés (1998) en su libro *Historia de la ciudad de Saltillo*, edición facsimilar:

La parroquia de Santiago abraza los siguientes templos urbanos:

- Catedral que es la sede en Hidalgo y Juárez.
- Santo Cristo de la Capilla, ubicada en Hidalgo e I. Vázquez.
- San Juan Nepomuceno, ubicada en Hidalgo y Escobedo.
- San Francisco, Juárez y Guerrero.
- Santo Cristo del Ojo de Agua, Libertad y F. U. Gómez.
- Nuestra Señora del Sagrado Corazón, Colonia Virreyes.
- Nuestra Señora de la Luz, Hidalgo y Corona.

Cabe agregar que, al momento de iniciar la construcción de la iglesia de San Juan Nepomuceno, en 1879, la máxima autoridad eclesiástica de la parroquia de Santiago recaía en el cura Juan José Calixtli —quien cubrió tales funciones durante un amplio período, de 1869 a 1888—, y en el año 1890, cuando finalizaron las obras de edificación del templo, ocupaba el cargo mayor de la parroquia el cura Francisco de la Garza Martínez —quien finalizó tal encomienda tres años después.

La consolidación de las funciones e importancia religiosa tanto del Colegio de San Juan como de la iglesia contigua se fueron dando a lo largo del tiempo, y alcanzaron alta estima tanto entre los feligreses como entre las propias instancias que llevaban a cabo la relatoría de la labor de las diversas congregaciones y apostolados existentes en nuestro país. Así, en documentos tan significativos como las *Cartas anuales* o *Cartas de México*, se hacía referencia del papel que tenían, entre la comunidad, tanto el Colegio como el templo, en los siguientes términos citados por el Dr. José Roberto Mendirichaga (2010):

El número de alumnos internos varía de noventa a ciento, y casi en las mismas proporciones el de externos, y provienen, en su mayor parte, de los estados fronterizos de la República [...]. La piedad que reina entre ellos es digna de especial mención; muchos son los que comulgan cada semana; algunos, también, entre los congregantes de la Virgen, además de cumplir fielmente con sus reglas propias, se levantan antes de la hora que señala la distribución ordinaria, para hacer su hora de meditación [...].

Contigua al Colegio, hay una iglesia dedicada a San Juan Nepomuceno, en la que además de estar un Padre ocupado tan sólo de su cuidado, los otros Padres del colegio suelen ejercitar con notable fruto de almas, los ministerios de la Compañía. A ella suele concurrir mucha gente de todas clases. Hay dos congregaciones establecidas, una de señoras, bajo el título y advocación del Sagrado Corazón de Jesús, y otra, de señoritas, que se llama de Nuestra Señora de Guadalupe y de San Juan Berchmans, que son como el centro de donde irradian por toda la ciudad la piedad y el buen olor de la virtud cristiana.

Hay además en nuestra iglesia un centro de catecismo [...]. Los ejercicios espirituales se dan también en la iglesia y varias veces al año [...]. Durante el tiempo de las vacaciones del curso escolar, todos los Padres del colegio salen a dar misiones en algunas ciudades, villas y haciendas; y ejercicios a comunidades religiosas; y durante el curso van a hacer pláticas doctrinales cada domingo a la cárcel pública del estado, y algunas veces al Hospital de la ciudad [...].

Arte y religión: algunas consideraciones

Lo religioso es uno de los aspectos inseparables de la conformación de lo humano, y ha tenido una enorme influencia en la construcción de las civilizaciones desde sus orígenes.

Ya sea a través de las manifestaciones simbólico-objetuales del sistema de creencias, o de la necesidad existencial propia del ser humano para confiar en un orden trascendental y extraterreno, lo religioso ha acompañado a las sociedades y a los individuos que las forman, en una per-



La liturgia se materializa en la ornamentación que da vida a los altares.
Autor sin identificar. Fototeca del Archivo Municipal de Saltillo.



manente búsqueda de sentido al hecho de ser y estar en el mundo. Como señala Juan Esteban Londoño Betancur (2017), académico de la Universidad de Hamburgo:

Cuando hablamos de religión, en el sentido fenomenológico, utilizamos el término en dos direcciones. La primera, antropológica: religión como sistema organizado de creencias, ritos y mitos que dan identidad a un pueblo. Esto es lo que el filósofo de la religión Paul Tillich llama la dimensión estrecha, la concretización de las formas en símbolos y ritos específicos: un lugar santo, un libro, una imagen o un sacramento (Schüßler, 1999, p. 56). La segunda, existencial: religión como la búsqueda de sentido o el estar atrapado por lo que consideramos incondicional, según lo expresa Tillich (1989, pp. 31-32), la dimensión amplia, la preocupación última que apunta a un sentido emotivo y por esto trascendental. Esta búsqueda de sentido, desde la perspectiva de Tillich, no se limita a los espacios de la institucionalidad religiosa, sino que también —y en una medida más amplia— se da fuera de ella: en el arte, la música, la pintura, las relaciones humanas. Según este punto de vista, no se necesita siquiera hablar de dios como una personificación de tal seguimiento.

En tal sentido, y de manera más específica en relación a la producción artística dentro del campo religioso, la importancia de las obras plásticas como expresiones de la devoción y, a la vez, como instrumentos de divulgación de la misma, es uno de los aspectos más característicos que han acompañado a la cultura occidental a lo largo de su historia.

Para difundir la fe y la palabra que la articulara, resultaron esenciales las pinturas y esculturas que ilustraban el relato judeocristiano en los muros y nichos de las iglesias, para atraer a los fieles y comunicarles la narrativa religiosa predominante, cuando la mayoría de la población carecía de bases educativas que les permitieran leer las escrituras y los libros que, de sí escasos y poco accesibles, difundían tales creencias.

Tal proceso se vio replicado ampliamente en el caso de la colonización de América. Al propio analfabetismo predominante en las capas populares de la población que venían acarreado los países europeos desde la Edad Media, para el caso de las colonias en el Nuevo Mundo se sumaba el elemento lingüístico de los idiomas y dialectos autóctonos, que contrastaban de manera radical con las lenguas propias de los conquistadores. De manera que, para el proyecto de imposición religiosa, las imágenes evangelizadoras mantenían su valor como mecanismos de traducción por encima de lo lingüístico, cumpliendo con su papel de manera semejante al que cubrieran siglos antes las *Biblia Pauperum* —pero no en xilografías entregadas mano a mano, sino en muros dentro de los templos—, haciendo visibles para el pueblo, por medio de la exposición plástica, los acontecimientos y personajes propios de la narrativa católica, todo al servicio del proyecto colonizador de los territorios y mentalidades en nuestro continente.

Con base en esta lógica es que se define la funcionalidad, la trascendencia y el significado profundo del arte religioso en las colonias españolas y portuguesas, y en los países independientes que de ellas surgieron, durante los pasados cinco siglos. Y dentro de estos procesos de sincretismo cultural, se desarrolló la construcción de las sociedades en el territorio de la Nueva España, con sus particularidades regionales,

119.-Templo San Juan Nepom

Fot.-A.V.Carmona.



La imagen más conocida de la iglesia, captada por A.V. Carmona.
Fototeca del Archivo Municipal de Saltillo.

uceno. Saltillo.



siendo un tipo de ellas el que se gestó hacia el norte del territorio que ocupa nuestro país.

Acerca de las consideraciones y singularidades que ameritan ser tomadas en cuenta al referirse al arte religioso regional, en especial al pensar en las manifestaciones artísticas producidas en la región noreste de México, resulta muy pertinente reflexionar en los aspectos que señala el Mtro. Arturo Villarreal Reyes (2019) en su texto introductorio al libro colectivo *Arte religioso del noreste*, en el cual afirma lo siguiente:

De las manifestaciones del patrimonio cultural, quizá las del arte religioso sean las de mayor carga simbólica, por su contenido iconográfico; en ellas se conjugan creencias y saberes, vehemencias y razonamientos, mitologizaciones y prácticas técnicas relacionadas con el oficio creativo y el uso de materiales y soportes para representar. Asimismo las ceremonias y ritos son formas de gran intensidad y significación, independientemente de su historicidad. De esta forma, por este tipo de arte vale la pena entender un muy amplio abanico de formulaciones, que cubre la pintura, la escultura y la arquitectura misma, pero también las danzas y las representaciones que se convierten en experiencias estéticas.

Debido a diversas afinidades históricas, el noreste mexicano puede considerarse como una región cultural definida, con sus matices, por supuesto, pero a fin de cuentas manteniendo rasgos propios, de una identidad colectiva mayor a la existente en cada estado. Chihuahua, Coahuila, Durango, Nuevo León y Tamaulipas comparten rasgos, afinidades, personajes y tradiciones que son como coloridos hilos semejantes, dentro del vasto y diverso telar que es México.



Los discretos campanarios, ubicados en la parte trasera del templo.
Fotografía: Víctor Mendoza.

Aunados a estas consideraciones, cabe reflexionar también acerca de las distancias y diferencias entre los tiempos de desarrollo y consolidación de los referentes artístico-religiosos en la Nueva España y en las primeras etapas del México independiente. En tal sentido, por ejemplo, es como deben contemplarse las distinciones entre la presencia e influencia mayor del estilo barroco en el centro y sur del país —con énfasis en el período de cien años entre mediados del siglo XVII y mediados del siglo XVIII—, mientras que en el septentrión mexicano la presencia más fuerte de este estilo se daría inmediatamente después, cuando en el resto del país había comenzado a declinar su protagonismo, cediendo éste a favor del estilo neoclásico. Dentro de esta lógica de transformaciones de los influjos artísticos es en la cual se desarrolló la mayor parte de las manifestaciones del arte religioso norestense y, particularmente, de Coahuila. Y una muestra de algunos de estos desarrollos estéticos y devocionales la encontramos en el magnífico templo de San Juan.

El seductor interior de la iglesia

Inicio este apartado desde el confesionario, no el de la propia iglesia de San Juan Nepomuceno —quien nació en Bohemia, hoy República Checa, y precisamente es considerado el patrón de los confesores—, sino el que se instaura en la página o la pantalla blanca cuando devienen espacio de declaraciones con cierto grado de intimidad y compromiso en primera persona del singular.

Debo decir, de arranque, que dentro de este templo he encontrado algunos de los momentos más reconfor-

tantes desde que soy otro habitante del noreste mexicano, y no dudo en afirmar que una de las razones fundamentales para ello son las pinturas al óleo que lucen en sus muros, y las cuales ejercen en quien las mira una fascinación devota más allá de cualquier dogma, independientemente de si profesa o no una religión determinada. En mi caso, siendo alguien que se mueve dentro del agnosticismo sostenido a lo largo de la vida desde que recuerdo, y que ha solido transitar hacia un ateísmo no beligerante y por largas temporadas, tales formas propias de pensar no han sido obstáculo alguno para que pueda sentir la espiritualidad reposada y pacificadora que se percibe dentro de este templo entrañable, al disfrutar las obras plásticas que contiene y los juegos lumínicos que se proyectan en el interior desde los cuatro vitrales, aprovechando la orientación de Oriente a Poniente —aspecto que asegura el fluido paso de los rayos solares para que éstos bañen con sus fulgores los espacios del interior del recinto, conformando una atmósfera de rica iluminación que se constata especialmente en el nártex y el coro—. Tal tipo de soluciones arquitectónicas resultan esenciales para que sea posible vivir la tan agradable experiencia que otorga el interior de San Juan a sus visitantes.

Pero hay, también, otros aspectos destacados que definen a la iglesia de San Juan Nepomuceno por dentro, y entre ellos se pueden señalar, primeramente, el trazado de tendencia basilical que produce una sensación de monumentalidad alrededor de quienes ingresan al inmueble. También es de destacar el cromatismo decorativo que ha sido aplicado dentro del templo, armonizando la sutileza de los tonos pastel y la suntuosidad sacra de los dorados. Asimismo, si se mira hacia arriba, son notables el cañón corrido

que cubre la nave, y la cúpula característica que, en el centro, remata a la misma, con su tambor ochavado y linternilla en vertical. A nivel de los feligreses, por su parte, lucen su presencia, entre otros elementos, los arcos de medio punto con detalles barrocos y las columnas corintias que se presentan por pares y dan una suerte de elegancia al contexto de los pasillos por donde los visitantes, sean fieles o no, transitan seguramente cargados de sensaciones a flor de piel, que se acentúan cuando se acercan rumbo al altar, o cuando se alejan del mismo, sea en pareja —llenos de ilusiones— o de manera solitaria —gestando reflexiones.

Las pinturas de San Juan Nepomuceno

Ya mencionadas en el texto, las características del diseño exterior y la concepción y resolución del interior, hacen que el templo de San Juan Nepomuceno represente una de las obras más importantes y peculiares de la arquitectura neoclásica en el norte de México. Pero su valor como recinto de interés no se agota con ello, y en este apartado hablaré acerca de la riqueza de algunos bienes artísticos que lucen a ojos de los visitantes.

Hablando en particular de las pinturas con las que cuenta el templo, en tal conjunto sobresalen, por una parte, el singularísimo retablo pintado —es decir, no volumétrico— que realizó en el año de 1775, con la técnica de óleo sobre tela, el pintor Antonio Sánchez y, por la otra, el conjunto de seis piezas de grandes dimensiones que realizó el padre Gonzalo Carrasco, quien además de talentoso artista plástico fuera profesor del Colegio de San Juan —hoy Museo de las Aves de México—, y de estas obras destaco, por su cali-

dad y propuestas compositivas, las tres telas monumentales que coronan el muro norte del inmueble, dedicadas a representar significativas escenas de la vida de Cristo.

Los retablos son elaboraciones de singular belleza, y reflejan la combinación de las artes del tallado en relieve y las pinturas que van empotradas en la estructura de madera. Nuestro país cuenta con notables ejemplos de este tipo de conjuntos, especialmente desarrollados en el período barroco. Por ello, encontrar retablos representados, no siendo conjuntos volumétricos sino pinturas lisas, resulta algo singular, y precisamente en el templo que nos ocupa existe uno de ellos, que fue pintado en la capital del país.

Este lienzo monumental de Antonio Sánchez está en el recinto más adecuado para ello, pues precisamente lo dedicó al santo patrono de los confesores y de la buena fama, Juan Nepomuceno, quien nació entre 1340 y 1350 en Nepomuc, y en vida fue un personaje cuyas virtudes le generaron reconocimiento pero, también, problemas con el poder (Aciprensa, s. f.):

Fue párroco de Praga y obtuvo el doctorado en la Universidad de Padua. Después ocupó el alto puesto de Vicario General del Arzobispado.

El rey de Praga, Wenceslao, se dejaba llevar por dos terribles pasiones, la cólera y los celos y dicen las antiguas crónicas que siendo Juan Nepomuceno confesor de la reina, se le ocurrió al rey que el santo le debía contar los pecados que la reina le había dicho en confesión, y al no conseguir que le revelara estos secretos, se propuso matarlo. Luego el rey tuvo otro gran disgusto, consistió en que el monarca se proponía apoderarse de un convento para regalar las riquezas que



Juego de polo sobre burros para celebrar el 16 de septiembre de 1931, a un costado del Colegio de San Juan. Fototeca del Archivo Municipal de Saltillo.

allí había a un familiar. El Vicario Juan Nepomuceno se opuso a esto rotundamente, ya que evidentemente esos bienes pertenecían a la Santa Iglesia.

El rey se llenó de cólera, el Santo fue torturado y su cuerpo arrojado al río Mondalva. Esto ocurrió en el año 1393. Los vecinos recogieron el cadáver para darle santa sepultura.



Con respecto a este retablo pintado, la Dra. Ana Isabel Pérez-Gavilán (2013) señala que “El lienzo hacía las veces de remate visual en lo que fuera una pequeña capilla de finales del XVIII bajo el mismo tutelaje, adjunta al Colegio de San Juan”, es decir, que posteriormente habría sido colocada dentro de la iglesia, una vez que ésta fue terminada. La fama que gozaba el pintor Antonio Sánchez como autor de guadalupanas habría sido definitiva para que le fuera solici-



Tres de las magnas pinturas del padre Carrasco que lucen en el muro norte.
Fotografía: V.A.G.



tada esta peculiar obra para Saltillo, como lo asevera la Dra. Pérez-Gavilán (2013): “Estas obras seguramente le dieron la fama suficiente para recibir este encargo por parte del sacerdote de la familia Arizpe, a cuyos miembros eclesiásticos hace alusión directa la iconografía del mismo”. Y respecto a la pintura del retablo, la misma especialista agrega:

El carácter mariano de este óleo queda manifiesto por la ubicación central de la Virgen de Guadalupe, la cual resalta sobre un fondo blanco, reforzado por los 15 medallones que contienen los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos del rosario. La lectura iconográfica del conjunto es bastante elaborada. La calle central es el eje de la manifestación de lo divino en la Tierra que se eleva a los ámbitos celestiales con la coronación de la Virgen por la Trinidad, sostenida por San Miguel arcángel.

La figura del crucificado alude, por supuesto, al Santo Cristo de la Capilla. Su posición sobre un fondo rojo coincide con la imagen de la novena de Lucas de las Casas, reeditada en 1820. Hasta el momento no se ha localizado un ejemplar original de 1725 para corroborar si efectivamente el grabado pudo ser la fuente iconográfica para Antonio Sánchez, en cuyo caso el bachiller Quintín se lo habría enviado al pintor radicado en la capital novohispana, quien probablemente no conocía la imagen del Santo Cristo de la Capilla.

Por su parte, el Mtro. Arturo Villarreal (2011) agrega otros interesantes datos acerca de este retablo pintado, y que hacen resaltar su singularidad e importancia histórica:

114.-Templo San Juan, visto de la Loma de la Cruz. Saltillo.
Fot.-A.V.Carmona.



San Juan visto desde la Loma de la Cruz, *circa* 1920. A. V. Carmona. Fototeca del Archivo Municipal de Saltillo.

El retablo es único en su género en Coahuila y, cual espejo, pone de manifiesto la devoción y patronato del bachiller Pedro José Quintín de Arizpe, al encontrar las imágenes de sus tres Santos Patronos: San Pedro, San José y San Quintín. Lo curioso del asunto es que para la fecha de su manufactura, en 1775, Rafael Trinidad Ramos Arizpe, su sobrino, contaba con cinco años de edad, mientras que José Miguel Ramos Arizpe nacía en ese preciso año. Ambos serían, con el tiempo, capellanes de San Juan Nepomuceno. No obstante, reflejando seguramente las devociones familiares, en el retablo también aparecen sus Santos Patronos: San Rafael, la Santísima Trinidad, San José y San Miguel Arcángel.

No cabe la menor duda, el retablo pintado en el lienzo es un fiel retrato de familia.

El otro pintor cuyas obras son de gran relevancia dentro del templo es el padre José María Prisco Gonzalo de Jesús Carrasco y Espinosa, nacido en Otumba, Estado de México, quien realizó en la capital del país —entre 1876 y 1884— su aprendizaje plástico, dentro de la Escuela Nacional de Bellas Artes (La Real Academia de Nobles Artes de San Carlos de Nueva España). A esta formación artística hay que sumarle la recibida en el campo de la teología, llegando a ser exalumno y exprofesor del propio Colegio Jesuita de Saltillo. En una época de su vida, el padre Carrasco vivió en una de las casas más queridas del centro de la ciudad de Saltillo, debido a que ha sido aprovechada desde hace décadas para en ella brindar la enseñanza de las artes a niñas y niños, jóvenes y público en general, ya que ahí se asienta la Casa de la Cultura. A este respecto, el Dr. Carlos Recio Dávila (2017) afirma:

“Esta casa, ubicada en Hidalgo sur 359, fue construida para Melchor Lobo en el siglo XIX con muros de adobe y techo de terrado. La propiedad contaba con una huerta. En ella vivió el padre jesuita Gonzalo Carrasco en la década de 1920, quien pintó ahí varias obras monumentales localizadas en el templo de San Juan Nepomuceno”.

Gonzalo Carrasco, como padre de la orden, en tiempos de la Revolución Mexicana vivió esta época atribulada de forma similar a muchos otros que tuvieron la necesidad de movilizarse constantemente, tanto dentro como fuera del país, y de vuelta en Saltillo en el año 1918, fue comisionado para realizar los óleos monumentales que decorarían los amplios muros de San Juan Nepomuceno, a saber: *La oración del huerto*, *El encuentro de nuestra señora*, *La crucifixión*, *El descendimiento de la cruz*, *Jesús ante Pilatos* y *El sepulcro*.

Los temas pasionales que se representan en las obras de Carrasco eran referentes constantes del arte académico que se fomentaba en las diversas escuelas europeas y del Nuevo Mundo, y en este caso específico, provienen de pinturas y de estampas realizadas por artistas como el germano Heinrich Hoffman y el flamenco Abraham Janssens, que Carrasco supo desarrollar con sus propios recursos estilísticos, tanto en el uso del dibujo como en su manejo cromático.

Las virtudes adquiridas por el padre Carrasco en su formación académica se manifiestan en la destreza que desplegó al realizar sus pinturas de gran formato, y entre estas capacidades representativas son de destacar su dominio de las proporciones del cuerpo humano que aplicó en las figuras representadas, la seguridad en el manejo de la perspectiva dentro de los cuadros y la armonía que reflejó en cada una de las composiciones, lo cual es de destacar al ha-

ber reproducido cuadros y gráficas preexistente, haciéndolo de forma amplificada, dadas las proporciones necesarias para enriquecer los interiores del templo. Sabemos que el copismo, en gran medida, era un proceso formativo de trascendencia en las enseñanzas que se ofrecían dentro de las academias de bellas artes, y aquí Carrasco supo aplicarlo y llevarlo a un grado superlativo.

Con respecto a estas pinturas realizadas por el padre Carrasco, la mayor de las tres que coronan el muro norte de la iglesia, con más de siete metros de ancho, es conocida como *Jesús ante Pilatos*, y refiere a una escena descrita en el Nuevo Testamento en la que se ejecuta el proceso al personaje bajo las directrices del Derecho Romano, por parte de quien tenía el carácter de Procurador y Administrador de Justicia ante el pueblo judío.

En esta obra, el artista logra reflejar de manera sobria el momento de la sentencia, acentuando la distinción entre las expresiones de la multitud (ninguna de ellas desmesurada, a riesgo, tal vez, de retar el acero de la lanza del soldado que apuntala la horizontalidad de la composición) y la severa autoridad del Procurador. Por su recato expresivo y por el ordenamiento del espacio visual, y la importancia que para ello tiene el apego referencial a los elementos arquitectónicos —que además permiten ponderar la escena principal a través de un manejo lumínico altamente contrastado con respecto a la escena secundaria, allende al umbral del arco—, esta obra se destaca como un ejemplo fidedigno y brillante del estilo neoclásico dentro de la pintura mexicana realizada en el periodo de transición entre el siglo XIX y el XX.

La segunda obra a la que me quiero referir aquí es también la segunda que se observa en el muro de izquierda

a derecha: *La crucifixión*. En esta pintura de 5.60 metros de alto por 3.47 de ancho, el padre Carrasco logra un interesante ejemplo de sincretismo de varias fuentes, algunas de ellas casi contrarias.

Si bien la paleta utilizada, así como el cráneo que se observa en la parte inferior derecha de la composición, me parece que tienen referentes que provienen desde el medievalismo tardío a la manera de pintores como Cranach, desde luego que sobresale el uso de un tipo ideal de belleza en el caso de los personajes femeninos, que parte de conceptos neoplatónicos sobre los cuales se sustentaron varias obras de Rafael Sanzio, así como la misma tradición formativa de la cual surgieron los talleres renacentistas bajo el principio del maestro-alumno, copismo-tipo (Gombrich, 2000).

Ahora bien, en esos rostros de mesura compungida, veo asimismo una cierta regulación del gesto, derivada tal vez del gótico internacional, así como también, desde luego, de la directa influencia del “buen gusto” que imperaba en esos años de acumulación de referencias, de clasicismos revitalizados a partir de la conjugación estilística.

La tercera pintura principal es *El encuentro de nuestra señora*, óleo sobre tela de las mismas dimensiones que el anterior, y que en su acumulación y dinamismo presenta la pieza más barroquista de este subconjunto que nos legó el padre Carrasco. Aquí, el peso dramático de la escena está sostenido sobre el eje en el que las miradas de la Virgen y de Cristo se encuentran, sin necesidad de palabra alguna y sin alcanzar el pleno consuelo, pero logrando sostener y aislar, como un milagro de auténtico arte, a estas dos figuras del resto.

Esta sutil diagonal de miradas que acompañan las diversas cargas de la cruz, que se ve enmarcada en un

interior adusto y que encuentra un delicado contrapunto en esa otra madera de largueros y escalones, sin descansos, que sujeta sobre el hombro un personaje anónimo, dinamiza y carga de piedad toda la composición, y nos deja agradecidos de estas obras que se encuentran para todos en San Juan Nepomuceno, recinto de equilibrio vertical en que se mecen las miradas de los paseantes en el centro de Saltillo.

Lo que no se ve de frente, pero existe y suena

Volviendo a la exterioridad de la iglesia, cabe mencionar uno de sus detalles más particulares y que, para la ciudadanía en general que transita de frente por el rumbo donde se halla San Juan, tal vez suela pasar un tanto desapercibido o, al menos, poco identificado en primera instancia, salvo que se pregunte la observadora o el observador qué resulta diferente en este templo, y que aparece de forma por demás evidente en la gran mayoría de las iglesias en todo México.

La fluidez frontal, esa contundente elegancia algo esbelta que ofrece San Juan Nepomuceno a la mirada, tiene una clave clarificadora cuando se revisa con algo de detenimiento: la ausencia de los obligados campanarios en la vista general y principal del templo. Y sería poco funcional un inmueble religioso si realmente careciera de la infraestructura y los mecanismos capaces de convocar a los creyentes, de llamar su atención a la distancia y, con ello, musicalizar la atmósfera de la ciudad desde su punto.

Lo que aquí sucede no es una ausencia de las estructuras con elevación y conteniendo las campanas, sino que los campanarios aceptaron mantenerse en un segundo plano, funcionar de atrás hacia adelante, al quedar ubi-



Costado norte del templo, luciendo su solidez constructiva.
Fotografía: Víctor Mendoza.



El encanto de la cúpula central eleva la vista y hace volar la imaginación.
Fotografía: Víctor Mendoza.



cados en la parte trasera del templo, dando marco, entre ambos, a la sacristía, área que está delimitada por el cruce de las calles Escobedo y Allende. Cabe agregar, a este respecto, que es la vista lateral de Sur a Norte —privilegiada, por ejemplo, para aquellos que se ubican en la calle Félix U. Gómez o los visitantes del Museo de las Aves de México que salen de éste cargados de alas y de cantos— la que muestra con total claridad la presencia posterior del par de campanarios, funcionales, musicales y pareados, como deben de ser según la tradición de la arquitectura religiosa novohispana. Así, este ángulo de visión confirma, a su manera, la belleza y peculiaridad de este templo, de esta iglesia, orgullo y motivo de afecto de los saltillenses, en cuyas manos está que persista para la posteridad y el disfrute de las generaciones futuras.

Referencias

- Aciprensa (s. f.). San Juan Nepomuceno, Mártir. Recuperado de: <https://www.aciprensa.com/santos/santo.php?id=147> Última consulta: 27 de marzo de 2021.
- Cuéllar Valdés, Pablo M. (1998). *Historia de la ciudad de Saltillo*. Ed. facsimilar. Gobierno del Estado de Coahuila, Instituto Coahuilense de Cultura y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Saltillo, Coah.
- Gombrich, Ernst H. (2000). *Nuevas visiones de viejos maestros. Estudios sobre el arte del Renacimiento*, 4. Editorial Debate, S. A. Madrid, España.
- La Luz* (1880, 4 de julio). "Colegio Diocesano de S. Juan Nepomuceno en la ciudad del Saltillo". Tomo IV, año VIII, no. 80. Monterrey, N. L. (Consultado en la hemeroteca del Archivo Municipal de Saltillo.)
- Londoño Betancur, Juan Esteban (2017). "Pablo Montoya: lo religioso y el arte". *Estudios de Literatura Colombiana* 41, 77-90. DOI: 10.17533/udea.elc.n41a05
- Mendirichaga, José Roberto (2010). *El Colegio de San Juan en Saltillo. 1878-1914*. Gobierno del Estado de Coahuila y Consejo Editorial del Estado. Saltillo, Coah.
- Pérez-Gavilán, Ana Isabel (2013). "El retablo pintado de San Juan Nepomuceno". *Arquitectura y patrimonio religioso de Coahuila. Ámbitos, ornamentos y festividades*. Gobierno del Estado de Coahuila, Secretaría de Cultura de Coahuila y Coordinación Editorial Dolores Quintanilla. Saltillo, Coah.
- Recio Dávila, Carlos (2017). *Espacios geográficos, urbanos, públicos y de tránsito de Saltillo. Siglos XVI al XX*. Uni-

versidad Autónoma de Coahuila, Escuela de Ciencias Sociales, Gobierno Municipal de Saltillo e Implan. Saltillo, Coah.

Ruiz, Víctor (2013a). San Juan Nepomuceno. Los jesuitas en Saltillo (notas de trabajo). Saltillo, Coah.

____ (2013b). "Apertura de nuevos senderos". *Arquitectura y patrimonio religioso de Coahuila. Ámbitos, ornamentos y festividades*. Gobierno del Estado de Coahuila, Secretaría de Cultura de Coahuila y Coordinación Editorial Dolores Quintanilla. Saltillo, Coah.

Vanguardia (1977, 4 de mayo). "Estampas del Viejo Saltillo". P. 5-A. Saltillo, Coah. (Consultado en la hemeroteca del Archivo Municipal de Saltillo.)

Villarreal Reyes, Arturo (2011). *Saltillo mágico. Tomo I*. Gobierno del Estado de Coahuila, Instituto Coahuilense de Cultura y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

____ (2019). "Introducción". *Arte religioso del noreste*. Secretaría de Cultura de Coahuila y Fondo Regional para la Cultura y las Artes del Noreste. Saltillo, Coah.

Agradecimientos

Al Mtro. Iván Ariel Márquez Morales, por su amable invitación para escribir este texto.

Al Lic. Humberto Vázquez Galindo, por su labor como coordinador de la presente colección editorial.

A la Lic. Renata González y a la Lic. Karen Valdés por su amable apoyo.

Al Mtro. Iván Vartan Muñoz, así como a su eficiente equipo de colaboradores del Archivo Municipal de Saltillo, por el gran respaldo brindado en el proceso de consulta bibliográfica, hemerográfica y fotográfica.

*Dedico este libro a la memoria de mi amado padre,
Asdrúbal Ayala Martínez.*

La iglesia de

SAN JUAN NEPOMUCENO

VALDEMAR AYALA GÁNDARA



Instituto Municipal de
Cultura
de Saltillo